



Tupac Amaru, hijo del Dios Serpiente; hecho con la nieve del Salqantay; tu sombra llega al profundo corazón como la sombra del dios montaña, sin cesar y sin límites.

Tus ojos de serpiente dios que brillaban como el cristalino de todas las águilas, pudieron ver el porvenir, pudieron ver lejos. Aquí estoy, fortalecido por tu sangre, no muerto, gritando todavía.

Estoy gritando, soy tu pueblo; tú hiciste de nuevo mi alma; mis lágrimas las hiciste de nuevo; mi herida ordenaste que no se cerrara, que doliera cada vez más. Desde el día en que tú hablaste, desde el tiempo en que luchaste con el acerado y sanguinario español, desde el instante en que le escupiste a la cara; desde cuando tu hirviente sangre se derramó sobre la hirviente tierra, en mi corazón se apagó la paz y la resignación. No hay sino fuego, no hay sino odio de serpiente contra los demonios, nuestros amos.

*Está cantando el río,  
está llorando la calandria,  
está dando vueltas el viento;  
día y noche la paja de la estepa vibra;  
nuestro río sagrado está bramando;  
en las crestas de nuestros Wamanis montañas, en sus dientes, la  
nieve gotea y brilla.  
¿En dónde estás desde que te mataron por nosotros?*

Padre nuestro, escucha atentamente la voz de nuestros ríos; escucha a los temibles árboles de la gran selva; el canto endemoniado, blanquísimo del mar; escúchalos, padre mío, Serpiente Dios. ¡Estamos vivos; todavía somos! Del movimiento de los ríos y las piedras, de la danza de árboles y montañas, de su movimiento, bebemos sangre poderosa, cada vez más fuerte. ¡Nos estamos levantando, por tu causa, recordando tu nombre y tu muerte!

*En los pueblos, con su corazón pequeñito, están llorando los  
niños.  
En las punas, sin ropa, sin sombrero, sin abrigo, casi ciegos,  
los hombres están llorando, más triste, más tristemente que los  
niños.  
Bajo la sombra de algún árbol, todavía llora el hombre, Serpiente  
Dios,  
más herido que en tu tiempo; perseguido, como filas de piojos.*

*¡Escucha la vibración de mi cuerpo!  
Escucha el frío de mi sangre, su temblor helado.  
Escucha sobre el árbol de lambras el canto de la paloma  
abandonada, nunca amada;  
el llanto dulce de los no caudalosos ríos, de los  
manantiales que suavemente brotan al mundo.  
¡Somos aún, vivimos!*

De tu inmensa herida, de tu dolor que nadie habría podido cerrar, se levanta para nosotros la rabia que hervía en tus venas. Hemos de alzarnos ya, padre, hermano nuestro, mi Dios Serpiente. Ya no le tenemos miedo al rayo de pólvora de los señores, a las balas y la metralla, ya no le tememos tanto. ¡Somos todavía! Voceando tu nombre, como los ríos crecientes y el fuego que devora la paja madura, como las multitudes infinitas de las hormigas selváticas, hemos de lanzarnos, hasta que nuestra tierra sea de veras nuestra tierra y nuestros pueblos, nuestros pueblos.

*Escucha, padre mío, mi Dios Serpiente, escucha:  
las balas están matando,  
las ametralladoras están reventando las venas,  
los sables de hierro están cortando carne humana;  
los caballos, con sus herrajes, con sus locos y pesados  
cascos, mi cabeza, mi estómago están reventando,  
aquí y en todas partes;  
sobre el lomo helado de las colinas de Cerro de Pasco,  
en las llanuras frías, en los caldeados valles de la costa,  
sobre la gran yerba viva, entre los desiertos.*

Padrecito mío, Dios Serpiente, tu rostro era como el gran cielo, óyeme: ahora el corazón de los señores es más espantoso, más sucio, inspira más odio. Han corrompido a nuestros propios hermanos, les han volteado el corazón y, con ellos, armados de armas que el propio demonio de los demonios no podría inventar y fabricar, nos matan. ¡Y sin embargo, hay una gran luz en nuestras vidas! ¡Estamos brillando! Hemos bajado a las ciudades de los señores. Desde allí te hablo. Hemos bajado como las interminables filas de hormigas de la gran selva. Aquí estamos, contigo, jefe amado, inolvidable, eterno Amaru.

Nos arrebataron nuestras tierras. Nuestras ovejitas se alimentan con las hojas secas que el viento arrastra, que ni el viento quiere; nuestra única vaca lame agonizando la poca sal de la tierra. Serpiente Dios, padre